Danny Goldberg

Serving the Servant
Recordando a Kurt Cobain

Traducción de
José Brownrigg-Gleeson Martínez

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *Serving the Servant. Remembering Kurt Cobain*

Primera edición: 2020
Segunda edición: 2023

Diseño de cubierta: Diego Blasco Cruces y José Luis Collada
Imagen de cubierta: Kurt Cobain en «MTV Unplugged». Nueva York, noviembre de 1993. © Frank Micelotta / Getty Images

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © 2019 by Daniel Goldberg
© de la traducción: José Brownrigg-Gleeson Martínez, 2020
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2020, 2023
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-1148-103-8
Depósito legal: M. 26.313-2022
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Para mi hermano Peter, mi hermana Rachel
y nuestros padres, Victor y Mimi Goldberg,
que amaban los libros, los discos y a sus hijos

Índice

Introducción 11

Uno. Gold Mountain Entertainment 26
Dos. Introducción al punk rock 36
Tres. Sub Pop 60
Cuatro. *Nevermind* 74
Cinco. Quitarse de en medio y ponerse a cobijo 102
Seis. Courtney Love 126
Siete. Internacional 140
Ocho. Heroína 154
Nueve. Cuidado con lo que deseas 170
Diez. *Vanity Fair* 190
Once. Ciudadano Kurt 216
Doce. *Incesticide* 233
Trece. *In utero* 248
Catorce. Kurt y la máquina 278
Quince. *Unplugged* 287
Dieciséis. La espiral descendente 296
Diecisiete. Repercusiones 314

Nota sobre las fuentes 324
Agradecimientos 326
Índice analítico 328

Introducción

Una tarde del otoño de 2011, durante el breve florecer de Occupy Wall Street, visité el Zucotti Park, la zona cero del movimiento. Justo cuando me iba, un adolescente de baja estatura, tatuado y con un piercing en la ceja, me preguntó tímidamente si se podía sacar una foto conmigo. Por entonces había famosos que se acercaban al campamento a menudo y le dije que estaba casi seguro de que me tenía que estar confundiendo con otra persona, pero el chico negó con la cabeza y me respondió: «Sé quién eres. Solías trabajar con Kurt Cobain».

No pude evitar preguntarme si siquiera había nacido cuando Kurt se suicidó diecisiete años atrás. ¿Qué tenía la música de Kurt para haber perdurado tanto hasta llegarle a él? Todos los que trabajamos con él hemos tenido de vez en cuando este tipo de experiencias con fans. Es como si encontrarse con alguien que le conoció los acercara a un espíritu que les hace sentir menos solos.

No todo lo relacionado con el legado de Kurt es, no obstante, tan entrañable. Tanto después de muerto como en vida, la figura de Kurt está llena de contradicciones. Cuando estaba comenzando a escribir este libro, tecleé «Kurt Cobain» en el cuadro de búsqueda de Amazon. Junto con los pósteres, las púas de guitarra y los libros, vinilos, vídeos y camisetas, me aparecieron unas «gafas de sol Nirvana, oscuras y de lente ovalada, inspiradas por

Kurt Cobain», una manta de lana Kurt Cobain, un mechero Kurt Cobain, un facsímil del carné de conducir de Kurt expedido por el estado de Washington, un pastillero de acero inoxidable con una foto de Kurt tocando la guitarra en la tapa y una «figura de acción Kurt Cobain». Mi objeto favorito es una pegatina para el coche que dice: «No estoy hablando solo, le estoy hablando a Kurt Cobain». Si existiera una que dijese que él es quien me esta hablando a mí, sin duda la habría comprado.

Me embarco en este proyecto consciente de que Kurt leía compulsivamente todo lo que se publicaba sobre él. Se quejaba de los escritores de rock que trataban de psicoanalizarle y le molestaba que describieran su arte simplemente como un complemento de su vida personal. Sin embargo, concedió cientos de entrevistas para tratar de refinar la imagen que quería proyectar.

Su legado artístico y su trágico suicidio crearon una imagen pública que opera como un test de Rorschach. Muchos de los que conocieron a Kurt subrayan aquellos aspectos de su vida que refuerzan la particular idea que ellos mantienen acerca de quién creen que fue Kurt en realidad. Y a mí me pasa igual. Le debo gran parte de mi carrera, fui uno de sus mánagers además de su amigo. A menudo me quedo mirando una foto enmarcada que tengo en mi despacho en la que aparecemos ambos y en la que él tiene ese brillo en los ojos que continuamente trato de recordar.

El tema de la memoria es un problema. He olvidado cantidad de detalles. Precisamente cuando estaba pensando en ponerme en contacto con Courtney Love para que me ayudara con mis recuerdos, me enteré de que ella quería que precisamente yo le ayudara con lo mismo para sus memorias. Veinticinco años es mucho tiempo. Ninguno de nosotros se está haciendo más joven. Para

mí, uno de los principales problemas es que cada vez resulta más difícil determinar dónde termina la historia pública y dónde empiezan los recuerdos personales. Son tantos los aspectos de la vida de Kurt documentados en libros, películas, clips de YouTube, recopilatorios y artículos… Internet, que apenas existía cuando Kurt vivía, tiene páginas enteras dedicadas a la lista de canciones de casi todos los conciertos de Nirvana, que en muchos casos incluyen hasta transcripciones de las conversaciones que mantenían los miembros de la banda entre canciones sobre el escenario.

He podido reconstruir algunos hechos tirando de mis archivos personales y me ha ayudado muchísimo hablar con otras personas con las que traté cuando trabajaba con Kurt. Descubrí que muchos de aquellos con los que me volví a poner en contacto tenían en la memoria una combinación de grandes vacíos y unos cuantos recuerdos vívidos grabados a fuego que han conservado durante años como reliquias, tanto de la vida de Kurt como de las suyas propias. Del mismo modo, aunque en mi memoria algunos periodos son poco más que una masa difusa de datos impresionistas, puedo rememorar unos cuantos momentos con una claridad cinematográfica. No obstante, incluso algunas de estas historias se han convertido en semimíticas tras años de recontarlas, y ha habido numerosas ocasiones en las que la anécdota preciada de una persona chocaba con la mía o la de otros.

Además del efecto que tuvo sobre millones de fans, Kurt conmovió directamente y de modo profundo a cientos de personas a lo largo de su corta vida. Incluso pasado un cuarto de siglo, perduran aún resentimientos entre los que estuvieron cerca de él al comienzo de su carrera y los que, como yo, trabajamos con él más adelante; y entre aquellos que tienen sentimientos negativos hacia

Courtney y quienes, como yo, sentimos cariño hacia ella. La mayor parte de la gente con la que coincidí trabajando con Kurt y Nirvana tenía ganas de compartir sus recuerdos. No así una minoría, cuyos sentimientos sobre la vida y muerte de Kurt eran todavía demasiado crudos a pesar de todo el tiempo que ha transcurrido.

Yo comprendo a los que prefieren permanecer en silencio. Durante el primer par de décadas tras su suicidio, evité a conciencia los libros y las películas sobre Kurt. En los últimos tiempos, he leído y visto la mayoría. Algunos de los relatos se centran en el divorcio de sus padres, su consiguiente infancia infeliz y su tenaz lucha por ser reconocido como músico en el noroeste de los Estados Unidos de finales de los años ochenta. Kurt sí me habló en varios momentos sobre su sensación de abandono por sus padres y el aislamiento que sintió siendo niño, pero no tengo mucho que añadir al registro histórico de sus primeros años de vida y no traté de localizar a gente a quien no hubiese conocido trabajando con Kurt. Nuestras vidas no se cruzaron hasta poco antes de que Nirvana comenzase a trabajar en *Nevermind*, el álbum que los convirtió en fenómeno internacional tras su lanzamiento en septiembre de 1991.

Esta es una descripción subjetiva de la época durante la cual yo estuve vinculado a él, los últimos tres años y medio de su vida, cuando Kurt Cobain llevó a cabo el trabajo por el que mejor se le recuerda. Para mí su producción artística es mucho más que la simple colección de los grandes éxitos de Nirvana; creo que pertenece al escalafón superior de la jerarquía del rock and roll. También fue generoso con otros músicos y consciente de su rol como figura pública. A nivel personal siempre fue cariñoso conmigo, no solo en lo tangible sino también de maneras que no puedo expresar.

Muchas de las personas más cercanas a Kurt siguen furiosas con él por haberse suicidado. Respeto sus sentimientos, pero no los comparto. Le echo de menos y siempre me preguntaré si había algo que pudiese haber hecho para evitar su muerte prematura, pero, que yo sepa, ni la ciencia médica, ni las tradiciones espirituales, ni los grandes filósofos comprenden por qué algunas personas se suicidan y otras no. A lo largo del agridulce proceso de recordar su vida, me he dicho a mí mismo cada vez más a menudo que su suicidio no fue un fracaso moral, sino el resultado de una enfermedad mental que ni él ni ninguno de los que le rodeábamos fuimos capaces de tratar ni curar con éxito. No empleo la palabra «enfermedad» como lo haría un médico, sino como equivalente de una fuerza que en mi opinión nadie podía controlar.

Yo no tocaba música con Kurt ni compartía su profunda conexión con la cultura punk rock; tampoco consumí drogas con él. Sin embargo, trabajé con él en el principal proyecto creativo de su vida, una obra que reinventó el rock and roll en la cultura popular global y que para muchos de sus fans también redefinió la masculinidad.

A pesar de la penuria de sus momentos más bajos y la grotesca realidad de su muerte, tengo una visión muy romántica de la faceta creativa e idealista de Kurt. Este ímpetu que hace que me concentre en los aspectos positivos de su legado desentonó, al menos en una ocasión, con respecto al dolor que sufrían otros de sus amigos. Yo pronuncié el elogio final en el funeral privado organizado por Courtney después de que se encontrara su cuerpo. En *Nirvana: A Biography* el periodista británico especializado en rock Everett True describió así su reacción a mis palabras: «Danny Goldberg dio un discurso en el funeral de Kurt que me hizo darme cuenta precisamente

de por qué el cantante se había rendido. El discurso no tenía nada que ver con la realidad ni guardaba relación alguna con el hombre al que yo había conocido. En este discurso Goldberg describía a Kurt como "un ángel que vino a la tierra en cuerpo de hombre, como alguien demasiado bueno para esta vida y que por este motivo había estado aquí tan poco tiempo". ¡Y una mierda! Kurt era tan malhumorado e irritable y beligerante y malo y gracioso y aburrido como cualquiera de nosotros».

Poco después de que se publicase su libro, Everett y yo estuvimos juntos en un congreso sobre la industria de la música en Australia y descubrimos que teníamos mucho más en común en lo que se refiere a nuestros sentimientos sobre Kurt de lo que ninguno de los dos creía. Aún así, sé que varias otras personas compartieron la reacción negativa de Everett hacia mi discurso en el funeral.

Tal como yo lo veo, puede haber distintas perspectivas y que todas contengan su parte de verdad. Había discrepancias en la personalidad de Kurt. Era depresivo, un yonqui *y también* un genio creativo. Podía ser extremadamente sarcástico o desesperante pero también tenía una faceta profundamente romántica y confianza en la excelencia de su arte. Kurt era un dejado y hacía gala de un sentido del humor bobalicón. Le gustaba la misma comida basura que había comido de niño y llevar pijama de día; esta forma de holgazanería a menudo ocultaba una inteligencia altamente sofisticada.

Mark Kates, uno de los ejecutivos de Geffen Records más cercano a Kurt, hablaba por muchos cuando me dijo con la voz entrecortada por la emoción: «Hay dos aspectos de Kurt que a menudo se olvidan: Primero, que era muy gracioso. Y en segundo lugar, que era increíblemente astuto».

Kurt despreciaba a quienes le faltaban al respeto, y podía ser arisco y desagradable cuando estaba sufriendo, pero la mayor parte del tiempo exudaba una amabilidad poco común entre genios y estrellas. Era, en general (no sé si atreverme a decirlo), un tío legal.

La foto de Kurt y yo que miro una y otra vez se sacó durante el concierto de dos de sus grupos favoritos, Mudhoney y Eugenius, en el Palace de Los Ángeles el 6 de marzo de 1992. El álbum con el que Nirvana se consagró como una banda de éxito global, *Nevermind,* había salido el septiembre anterior y en los cinco meses y medio posteriores la banda había protagonizado una de las explosiones de popularidad más meteóricas de la historia de la música. Habían logrado combinar de un modo único la energía y el espíritu antisistema del punk rock de Sex Pistols con melodías pop en el momento en el que eso era precisamente lo que gran parte del público de rock a escala global quería. Kurt tendía a restarse importancia en entrevistas y a menudo comparó el lado pop de sus composiciones con las de The Bay City Rollers, Knack o Cheap Trick, aunque yo creo que siempre emulaba a los Beatles.

En las semanas que habían pasado desde que se estrenó en la radio el primer sencillo del álbum, «Smells Like Teen Spirit», se había producido un cambio surrealista y abrupto en el *modus vivendi* de la banda. Desde sus orígenes austeros como banda de punk rock que se movía en furgoneta y dormía en sofás de amigos, a viajar en avión y hospedarse en hoteles de lujo. La mayoría de los desconocidos los veían, ya, no como vagabundos, sino como estrellas.

Veinte años antes, Bruce Springsteen se había vuelto famoso rápidamente con *Born to Run,* que le llevó a las portadas de las revistas *Time* y *Newsweek,* pero hasta el «Boss» tuvo que esperar varios años más —hasta la apa-

rición de *The River*— para conseguir un éxito pop y un álbum que alcanzase el número uno. En el caso de Nirvana, el éxito de crítica y público llegó a la vez y el fenómeno fue todavía más llamativo porque surgía del aislado mundo del punk rock, que hasta entonces había provocado indiferencia entre la mayoría de los fans del rock estadounidense.

Los músicos tienen más poder cultural individual que otros artistas. Con la salvedad de unos cuantos *auteurs* del cine, los actores dependen de guiones escritos por otros. Ni siquiera las estrellas del cine, los novelistas o los pintores más grandes pueden encontrarse cada noche con su público en grupos de miles de fervientes seguidores, ni meterse en las cabezas de sus fans como lo hace una canción de éxito. De ahí el poder de la expresión «estrella del rock». Dado que fue una estrella del rock que representaba algo más que el mero atractivo sexual o el entretenimiento, muchos periodistas y fans miraban a Kurt como un sabio. Era algo estrambótico, pero tenía sus ventajas. Se sentía orgulloso de lo que la banda había conseguido y era un alivio tener, por primera vez en su vida, suficiente dinero como para vivir con comodidad.

En aquella noche en concreto, Kurt disfrutaba sencillamente de ser un fan otra vez. Mudhoney era uno de sus grupos favoritos de Seattle y era amigo de su cantante principal, Mark Arm. Kurt también se había hecho amigo de Eugene Kelly de Eugenius (originalmente se habían llamado Captain America hasta que Marvel Comics les forzó a abandonar ese nombre). Kelly era el autor de «Molly's Lips» para su anterior grupo, The Vaselines, una canción de la que Nirvana había hecho una versión en un sencillo de los inicios. Un año antes Kurt había sido admirador de Arm and Kelly, pero ahora era como el hermano pequeño más exitoso que los animaba con generosidad.

A pesar del poderoso impacto del canal de televisión musical MTV, que emitía vídeos de Nirvana varias veces al día, nadie del público molestó a Kurt. Tal vez fuera porque, midiendo poco más de metro setenta y cinco y algo encorvado por la escoliosis, podía pasar desapercibido, o porque seguía vistiendo igual que cuando no tenía un duro, en vaqueros rotos y zapatillas Converse, o porque no le rodeaba ningún séquito ni tenía seguridad privada. No obstante, sospecho que unos cuantos fans sí le reconocieron aquella noche, pero sabían que Kurt prefería que le dejaran en paz para poder disfrutar de la música junto a ellos.

Hacía poco que Kurt había salido de rehabilitación y estaba limpio, o eso me pareció. Tenía los ojos claros, un contraste abismal con la mirada deprimente y opaca por la heroína que había visto por primera vez unos meses antes, cuando Nirvana tocó en el programa de televisión *Saturday Night Live*. Tanto Kurt como Courtney habían seguido un tratamiento que parecía haber funcionado. Juro que, al menos en ese instante, estaba feliz.

Durante una pausa del concierto nos encontramos de pie en una esquina vacía del balcón al que podían acceder las personas con pase. Kurt vio a un fotógrafo, pasó su brazo por detrás de mis hombros y con una amplia sonrisa dijo «vamos a sacarnos una foto», como si supiera que se trataba de un momento que yo querría recordar.

Courtney estaba embarazada de varios meses y ella y Kurt acababan de mudarse a un nuevo apartamento en Alta Loma Terrace, en las colinas de Hollywood. Sin previo aviso, Kurt decidió celebrar una fiesta en el nuevo hogar tras el concierto. Estaba jugando con la idea de ser un adulto y, por el momento, disfrutaba de ello. El apartamento era difícil de encontrar. Apenas se veía desde la carretera y tenía una estructura extraña que requería un

tranvía exterior para llegar a la puerta principal. Por aquel entonces casi nadie tenía GPS y Kurt no había ofrecido instrucciones para llegar en coche, por lo que aparecieron muy pocas personas, pero aun así el ambiente fue genial. Fue realmente un alivio ver a Kurt y Courtney tan a gusto consigo mismos, aunque solo fuera por un instante. Este oasis de paz no iba a durar mucho. La semana siguiente Courtney tenía que hacer una serie de entrevistas con Lynn Hirschberg para un reportaje de *Vanity Fair* que iba a atormentar a la pareja cuando se publicó varios meses después y que continuaría teniendo reverberaciones negativas durante años.

Yo tenía cuarenta años cuando conocí a Kurt Cobain, mientras que él tenía veintitrés. Si él viviera todavía ahora, los dos seríamos tipos de mediana edad, pero en aquel entonces yo era viejo y él joven. Kurt estaba todavía en esa fase de una carrera en el rock durante la cual la mayoría de las canciones son sobre cómo te sentías de adolescente. Yo era ya un veterano cansado, con veinte años en el negocio del rock and roll a mis espaldas. Tenía una hija, una hipoteca y un trabajo en el mundo empresarial. El año anterior había alcanzado uno de los momentos cumbre de mi carrera, cuando Bonnie Raitt me nombró en los agradecimientos al recoger su Grammy tras ser premiada por el mejor álbum del año. El personaje de Kurt se había fraguado en el mundo antisistema del punk rock del noroeste de los Estados Unidos, en un entorno que despreciaba los rituales convencionales del mundo del espectáculo tales como las ceremonias de entrega de premios.

Kurt poseía un sentido sofisticado para sintetizar cada uno de los aspectos del rock and roll. Escribía la música y las letras de Nirvana. Era la voz principal y la guitarra principal. En la mayoría de las bandas de rock estas res-

ponsabilidades se repartían entre dos o más miembros, como Robert Plant y Page en Led Zeppelin o Jagger y Richards en los Rolling Stones. Antes de Kurt, el único miembro de un grupo superestrella que había hecho ambas cosas era Jimi Hendrix. Kurt controlaba cada detalle de la producción de las grabaciones de Nirvana. Él diseñaba personalmente las portadas de los discos e incluso muchas de las camisetas; también surgían de él las ideas para los vídeos musicales.

Nevermind ha vendido más de quince millones de copias, pero el mito duradero de Kurt no radica ni en el mero éxito comercial ni en una enumeración de sus atributos musicales. Era un guitarrista excelente, pero no era un Jimi Hendrix. Su voz no estaba corrompida por artificios ni por la inhibición y transmitía tanto vulnerabilidad como poderío, pero el rock ha producido muchos cantantes extraordinarios. Su directo era cautivador, pero otros han sido más teatrales. Era un compositor excepcional capaz de combinar la estructura de la canción pop con el rock duro, pero los Rolling Stones ya habían hecho eso periódicamente durante años. Era mucho mejor letrista de lo que él mismo admitía, pero sin llegar al nivel de Bob Dylan o de Leonard Cohen. Era un moralista, pero no un activista.

La admiración que Kurt sentía por los Beatles se basaba también en la relación holística que la banda, y en especial John Lennon, mantuvo con el público de masas. Desde mi punto de vista, Kurt consideró su vida pública en toda su amplitud como arte, incluyendo cada interpretación en vivo, cada entrevista y cada foto. A pesar de todos sus recelos hacia la fama, la empleó de un modo muy eficiente. Fue uno entre el puñado de artistas de la historia del rock and roll que comunicó simultáneamente a través de múltiples lenguajes culturales, em-

pleando la energía del rock duro, la integridad del punk rock, la familiaridad contagiosa de las canciones de éxito y el atractivo inspirador de la conciencia social. Es más, al comienzo de los noventa, Kurt era el portador de lo que Allen Ginsberg, refiriéndose décadas antes a Bob Dylan, había llamado «la antorcha bohemia de la ilustración y el autoempoderamiento».

Con todo, la mirada triste que veo en los ojos de la gente —la mirada que tenía aquel chico en Occupy Wall Street— se basa en otra cosa, en la empatía única que Kurt sentía por otra gente, en particular por los marginados. Hizo que muchos de sus fans sintieran que había una fuerza en el universo que los aceptaba. Sentía que realmente le conocían y que, de alguna manera, él los conocía a ellos.

Tal como yo lo veo, el antecedente más próximo al grado de conexión de Kurt con la angustia adolescente no se encuentra en el canon del rock and roll, sino en la prosa de J. D. Salinger, concretamente en *El guardián entre el centeno*. Al igual que esta clásica novela de los años cincuenta, el arte de Kurt daba dignidad a los desamparados y lo hacía de una manera que resolvía el enigma de la cultura de masas, permitiendo que se pudiera compartir entre millones de personas. La época de Reagan que engendró a aquella generación de punk rock es ya historia, fosilizada en ámbar, pero veinticinco años después de su muerte el conocimiento sin censura que tenía Kurt del dolor adolescente sigue haciendo que haya jóvenes que se ponen camisetas de Nirvana y piensan que así están de algún modo haciendo una declaración de principios.

Kurt era mucho más que la suma que sus demonios. Un dibujo en su diario muestra «los muchos estados de ánimo de Kurdt Cobain: bebé, irritado, abusador, inso-

lente» (por aquel entonces seguía ensayando distintas maneras de escribir su nombre). En un reportaje en la revista *Spin*, en conmemoración del décimo aniversario de su muerte, John Norris se refirió a Kurt como «un punk, héroe estrella del pop, víctima, yonqui, feminista, vengador de los bichos raros, listillo».

Krist Novoselic, viejo amigo y compañero de banda de Kurt, me recordó recientemente que «Kurt podía ser dulce y la persona más bella y tuvo gestos conmovedores y preciosos conmigo, pero también podía ser verdaderamente agresivo y mezquino».

A veces Kurt me parecía un sabio desconcertado llegado del espacio, pero también podía ser un controlador muy centrado, una víctima vulnerable del dolor físico y del rechazo social, un yonqui mentiroso, un padre y marido afectuoso o un amigo cariñoso. Podía estar paranoico y al instante siguiente mostrarse extraordinariamente seguro de sí mismo; también podía ser un marginado sensible, un tipo normal autocrítico, el centro de atención silencioso pero poderoso, un hábil autopromotor o un desesperado hombre-niño para quien la vida a menudo resultaba un sinsentido. Kurt transmitía buena parte de sus sentimientos sin hablar. Tengo recuerdos frescos de algunas de sus expresiones: angustiado, divertido, aburrido, enfadado y cuidadoso. Sus penetrantes ojos azules intensificaban la expresión de todas estas emociones.

A medida que han ido pasando los años, el aspecto de la vida de Kurt del que más me he ocupado es su rol como artista. Cuando era niño su familia dio por hecho que de mayor sería diseñador gráfico; jamás dejó de dibujar ni de esculpir. No obstante, Kurt era profundamente consciente del nivel de su talento visual: «Yo era el mejor artista de Aberdeen», me dijo una vez con una sonrisa triste, «pero nunca pensé que hubiera podido des-

tacar como artista en una ciudad grande». En lugar de eso, la música fue el idioma creativo que se convirtió en su principal obsesión. En este ámbito *sabía* que era excepcional. Para cuando yo conocí a Kurt, él irradiaba una convicción silenciosa sobre la calidad de su trabajo, corroborada por todos los que estaban alrededor, incluyendo otros artistas.

Doy por hecho que la mayoría de los lectores de este libro son fans de Nirvana, pero de vez en cuando me encuentro con gente que no entiende el por qué de tanto revuelo. Esta es la naturaleza de la música. No hay nada que guste a todo el mundo y todos tenemos una predilección especial por lo que nos gustaba en el instituto.

Lo más parecido a una medición cuantitativa del impacto de Kurt que se me ocurre son las estadísticas disponibles en el servicio de reproducción musical digital Spotify, lanzado al mercado en 2008, catorce años después de la muerte de Kurt. Esta es una lista de las reproducciones a escala mundial desde el lanzamiento de Spotify de las canciones más populares de los coetáneos de Kurt, así como de algunos artistas inmediatamente anteriores y posteriores a Nirvana (los datos son de mayo de 2018).

Madonna, «Material Girl»	56 millones
Prince, «Kiss»	80 millones
N.W.A., «Straight Outta Compton»	113 millones
Pearl Jam, «Alive»	116 millones
Bruce Springsteen, «Dancing in the Dark»	126 millones
Soundgarden, «Black Hole Sun»	139 millones
2Pac, «Ambitionz az a Ridah»	144 millones
U2, «With or Without You»	210 millones
Foo Fighters, «Everlong»	210 millones
R.E.M., «Losing My Religion»	229 millones
Radiohead, «Creep»	257 millones

Dr. Dre, «Still D.R.E.»	275 millones
Green Day, «Basket Case»	282 millones
Michael Jackson, «Billie Jean»	353 millones
Guns N' Roses, «Sweet Child O' Mine»	358 millones
Nirvana, «Smells Like Teen Spirit»	387 millones

¿Qué más puedo decir?

El título del libro, *Serving the Servant,* es un homenaje a la canción que escribió Kurt para el álbum *In Utero,* después del repentino éxito comercial de Nirvana. La canción se recuerda a menudo por su primer verso, *«Teenage angst has paid off well»* ['La angustia adolescente ha dado sus frutos'], una reflexión autocrítica sobre el enorme éxito del álbum anterior. Kurt también dejó claro que algunas de sus letras eran un intento de clarificar la relación con su ausente padre Don (a quien conocí por primera y única vez en el funeral de Kurt). Para mí, el título representa la realidad de trabajar con Kurt: él era el siervo de una musa a quien solo él podía ver y escuchar, pero cuya energía era capaz de transformar en un lenguaje con el que millones de personas se identificaban. La labor de los que trabajamos con él era servirle y facilitar ese trabajo en la medida de lo posible.